

# UN VIAJE EN EL METRO

En algún momento donde el tiempo se acaba comienza una gran AVENTURA de madre e hija. Un día carnavalesco, en la parada del metro del centro comercial Ñaquito, en la pintoresca franciscana ciudad de Quito, una hija llamada Carlita Manuela y su maravillosa madre Charo se preparaban para subir al tranvía. Deslumbradas por la belleza y llenas de orgullo, por ser quiteñas de corazón y nacimiento, finalmente entraron al tren. “Trin trin”, primera parada: la Carolina, ”trintrin” segunda parada: la Pradera, Universidad Central, ”trintrin”. ¡LLEGAMOS! Parada final: San Francisco. Al salir de la hermosa estación de metro, vieron una gran población feliz jugando carnaval.

Había un señor en la esquina de la salida del metro. Era muy raro. Estaba vestido de negro en un día tan alegre como el de carnaval. No sabían por qué. Siguieron caminando y a lo lejos veían a la hermosa basílica de Quito. Cuentan que en la Basílica hubo un accidente donde unas campanas muy sagradas se dañaron. Al hablar de esto, caminando por las calles coloridas del centro de repente pasó. En frente de ellas apareció el señor vestido de negro. Tenía su mirada fijada hacia Charo y su amuleto de amatista que su bisabuela le había regalado. “¡Oh no!”, exclamó Carlita Manuela al ver que su madre quedó hipnotizada ante los ojos del brujo y decía: “Amuleto, amuleto, no te desprendas de mí. ¡Si te desprendieras iré detrás de ti!” De repente, Charo y su amuleto desaparecieron en un portal mágico que apareció de la nada.

Carlita Manuela la buscaba desesperadamente pero no la encontraba. Mientras buscaba, se acordó del amuleto. Ese amuleto había sido un regalo muy especial para su bisabuela. Cuentan que el esposo de la bisabuela, llamado Abdón, se lo había regalado con un conjuro de amor. Quien lo llevaría puesto, estaría protegido por el mal de ojo serrano que tanto daño hacía.

Carlita Manuela deambulaba sola por las calles de las siete cruces. Estaba muy estresada y lloraba. De repente un colibrí voló hacia ella y le dio un papelito que decía: “Hola, soy el colibrí que tu madre alimentó en su jardín, guardiana de los amuletos amatistas, protectora de tu madre, enviada por su bisabuelo, Abdón.” “Tengo que ser cuidadosa, pero, una pista te daré” Carlita siguió leyendo: “Ve a almorzar a la calle la Ronda a los locros de

Teresita, allí encontrarás la siguiente pista”. Ella fue a comer en la calle de la Ronda donde todos le salpicaban carioca, agua y betún. Al entrar al restaurante y se pidió un rico loco con una empanada de viento gigante. Se dio cuenta de que encima de su empanada se encontraba un papel que decía: “Ya que has comido, te hago un pedido: ve a comprar un carioca para jugar con un amigo que te espera en la esquina al lado de la vecina loca”. Ella se compró la carioca y buscó al amigo. Un salpicón en la cara le dio la primera pista. Salió de una ventana de la iglesia La Compañía. Ella entró y vio a un guía que le miraba al entrar. Carlita vio que el guía en su cuello llevaba un collar de amatistas y supo que aquel hombre le daría la siguiente pista. En el tour que el señor daba, le explicaban cómo se formaron las cúpulas y muchas cosas más de la iglesia. La iglesia era dorada y muy alta. Era muy grande y brillante. De repente el guía se le acercó y le dijo una frase que tenía que ver con su madre. Él dijo: “Si tu ilusión de niña desvela, en la cúpula alta se revela. El brujo Aurelio en su escondite secreto a tu madre tiene, en su poder completo, con el sagrado amuleto”.

Carlita Manuela desesperadamente buscó por todo lado a su madre. Subió escaleras, buscó detrás de cada rincón, hasta que llegó a la cúpula más alta. La cúpula era preciosa, decorada con figuras de ángeles y arcángeles. Todo estaba bañado en pan de oro. Sin embargo, en la cúpula había un ángel negro, sin color. Carlita se preguntaba por qué era diferente. De repente, este ángel negro movió su cabeza hacia una ventana secreta. Carlita sabía que era otra pista y decidió entrar. Al final del pasillo secreto abrió una puerta donde su madre Charo estaba sentada en un confesionario. La alegría de su cara se había esfumado ya que el brujo se había adueñado de su amuleto. Carlita Manuela se acordó de un verso mágico para recobrar el amuleto y lo exclamó con fuerza: “AMULETO, AMULETO, REGRESA A MÍ, PORQUE EL AMOR VENCERÁ, ¡Y AL MAL OJO SERRANO DESTRUIRÁ!” En ese preciso momento se escuchó un gemido desgarrador e intimidante. Madre e hija se dieron un abrazo enorme y con todo el amor que tenían hicieron que el brujo se desvaneciera. El amuleto se llenó de su magia y se desprendió de su cuello y volvió a donde pertenecía. Charo recuperó el brillo de sus ojos. El amuleto había cambiado de un color púrpura a un color celeste. Dicen que este amuleto cambiaba de color cada vez que absorbía la magia de alguien y Charo, la protectora del amuleto se llenaba de más sabiduría y amor.

Juntas pasaron una tarde increíble y al regresar a su casa en el trolebús, miraban abrazadas hacia las calles de Quito.

**FIN...**

**ESCRITO POR: LA NIBELUNGA MAYOR**